

TAUZERO

Concurso de Relatos de
Ciencia Ficción 2004



Concurso de relatos Tau Zero:

Reflexiones

Escribo este artículo a título personal, cosa que me gustaría dejar bien en claro para evitar cualquier problema a futuro con mis amigos de *TauZero*. Lamento cualquier controversia suscitada por algún artículo anterior, pero bueno, hace algunos meses que ya no soy parte de este e-zine, aunque mi retiro no afectó para nada mi presencia en el concurso de cuentos *TauZero*, y esa es la razón por la cual me siento en condiciones de escribir este artículo.

El concurso nació en función de la necesidad que existía dentro del comité editorial de *TauZero* para fomentar instancias que ayudaran tanto a la divulgación como a la promoción de nuestra querida ciencia ficción. En ese sentido es bueno agradecer tanto a Rodrigo Mudaca como a Sergio Alejandro Amira su disposición para encauzar, apoyar y trabajar en este concurso, más aún que ambos fueron también jurados, lo cual no es poco.

Por lo general los organizadores de los concursos literarios no hacen evaluaciones públicas de éstos, lo cual pienso es una carencia que fácilmente podría repararse. Ciertamente las evaluaciones existen a nivel interno y es también cierto que algunas de ellas no serían urgentes exponerlas en público, total, muchas de las conclusiones pertinentes sólo tienen alcance e interés para los mismos organizadores.

Yo discrepo un poco de esta realidad, aunque la entiendo. Sin embargo, creo que siempre es necesario realizar alguna que otra evaluación, pues de alguna forma el género siempre se está re-inventando o bien actualizando. No hablo de aspectos conceptuales, sino de quienes están al otro lado de la página leyendo y escribiendo ciencia ficción. Me refiero pues al público, a los seguidores y los fanáticos del género, un universo

TAUZERO SIN N°

**Agosto
2004**

Director

Rodrigo Mundaca Contreras

Editor

Sergio Alejandro Amira

Diagramación y Dirección de Arte

Sergio Alejandro Amira

Portada

Ángela González

Jurados del concurso

Sergio Alejandro Amira
Pablo Castro Hermosilla
Rodrigo Mundaca Contreras

complejo que no siempre es fácil de medir y sopesar.

Precisamente los concursos literarios de ciencia ficción sirven en algo para testear no sólo a posibles escritores, sino también posibles tendencias. Aquí entro ya en dimensiones más conceptuales, que trataré a su debido tiempo. Como ya entenderán, este artículo no sólo se enmarca como una sucesión de conclusiones iniciales, sino como una reflexión general del oficio de escribir ficción para un concurso público.

Participantes

Hay dos cosas importantes que debe definir una persona que quiera escribir ciencia ficción: primero, estar dispuesto a jugarse a fondo por

tal oficio. Segundo, asumir que este apuesta está llena de sacrificios, sinsabores, y que por lo general no sólo no reditúa dinero, si no que tampoco redención. Una vez asumida la intención de escribir hay que determinar si se tiene talento o no. Esto es difícil, porque no es fácil tener la claridad para discernir un posible talento literario. Pero lo que el conocimiento no da, lo entrega el instinto.

Uno se da cuenta rápidamente cuando el talento fluye de los dedos. El escritor talentoso puede escribir apresurado o muerto de sueño y siempre le saldrá algo que como mínimo llamará la atención. En el teatro un actor lo puede hacer mal, pero alguien que no es actor hace siempre el ridículo. En literatura es algo parecido, aunque quizás no tan taxativo.

Bueno, si se tiene talento, sólo se necesita dedicación, tiempo y algo de suerte. Si en cambio no se tiene talento, debe volverse a la primera pregunta. En ese punto es bueno entonces pensar si vale la pena dedicarse a escribir, ya sea en forma completa o parcial (aunque para mí esa diferenciación no existe).

Si no se tiene talento, pero están las ganas de seguir por el camino de la escritura, sólo queda trabajar, trabajar mucho, escribir, re-escribir mucho, llenarse de paciencia, acumular convicción y amor por el género, y sobre todo tener claro que el proceso de escribir no parte con encender el computador, sino también con elucubrar ideas, desarrollar estructuras, investigar lo más posible, y configurar los elementos pertinentes. Tomar apuntes, crear carpetas de trabajo, intercambiar ideas y por cierto, leer una diversidad de obras del género.

Este proceso es largo e incluso gastador, pero se supone que nadie nos está obligando a escribir, y que por ende se trata de una decisión soberana. Si se quiere abandonar, la puerta está abierta. Todo depende de cuán lejos se quiera llegar.

Desarrollado en parte este camino se llega a la etapa de los concursos. Digamos las cosas por su nombre: por lo general casi nunca se gana. La utilidad de los concursos es que uno se auto obliga a escribir y en las instancias donde existen las menciones honrosas se puede acceder a ellas, más que al primer premio, lo cual es siempre bienvenido: primero, porque ganar una mención implica que el cuento tiene algún elemento que al jurado le pareció interesante o bien hecho. Segundo, porque sirve para tomar contacto con los organizadores, lo cual es bueno, si se está un poco aislado, sobre todo en un género donde lo más probable es que el vecino no sepa qué es ciencia ficción. Por otra parte, un cuento que tiene algo de interesante siempre se puede mejorar. Y eso ya es una buena motivación.

En fin. Existen interesantes opciones relacionadas con el género, sobre todo en España, donde abundan varios concursos. Mi experiencia me dice que no hay que apuntar inmediatamente a los premios grandes, si no que es mejor participar en concursos de cuentos más pequeños. Hay además varias revistas y sitios online (como Tau) que acogen de buen agrado colaboraciones literarias. Por lo general los escritores incipientes no hacen eso, porque la ansiedad los mata antes, debido a la necesidad de ganar un concurso que pueda legitimar socialmente su opción. Esto es entendible, todos hemos pasado por lo mismo. Por eso, lo mejor es ir paso a paso, y así ganar experiencia.

El concurso en sí.

El concurso *TauZero* estuvo enmarcado dentro de la modalidad llamada "relato corto", que responde sólo a una configuración personal para hablar de aquellos cuentos que están muy por debajo de parámetros como la nouvelle, novellette, y otros que han popularizado los

norteamericanos. Doce páginas es creo yo un cuento corto. Además el concurso *Púlsares* que realiza el fanzine *Fobos* estaba dirigido a cuentos de 20 páginas, una modalidad que está por encima del relato breve y por ende se hacía necesario cubrir otros espacios.

Pero además existían otras razones: en principio la idea de que un cuento corto implicaría un ejercicio de creación más contenido, en el cual los autores pudieran configurar todo el potencial de una idea en un espacio limitado. A veces por la necesidad de cumplir con los parámetros solicitados, los participantes alargan de forma innecesaria una historia, por ende el relato breve daba más posibilidades a los autores de trabajar mejor una historia en particular. Bueno, eso era lo que el jurado pensaba.

A estas alturas es difícil poder afirmar si la elección de ese espacio de hojas fue acertado o por el contrario un error. Vistos los resultados, es un tanto complejo acceder a una conclusión satisfactoria, pero bueno, sean 12 o 20 páginas, un buen escritor sabrá usar los espacios a su favor. En ese sentido es claro que muchos de los que participaron todavía no dominan técnicas de escritura, como tampoco ingenio para construir tramas, estructuras, o desarrollo de una idea. Otros, los menos, tienen ya una cierta experiencia, y unos pocos demostraron capacidad suficiente para elucubrar de forma certera una historia.

Pero también hay otras cosas que no pueden quedar atrás y que es necesario decir para conocimiento general: cuando se participa en un concurso se deben cumplir con todas las indicaciones expuestas en las bases. No es concebible que haya personas que manden sus cuentos en formatos distintos, a veces ilegibles, o sencillamente desordenados. Se me dirá que el aspecto formal es lo de menos y que lo que realmente importa es el fondo, pero no es así. Si se pide un formato en particular es por alguna

razón y no se entiende que uno deba leer un cuento en un formato que no cumple con las bases. Legitimarlo sería despreciar a quienes sí lo cumplieron. Es un asunto de política de trabajo que lamentablemente se debe cumplir, pues escribir será un arte, pero también un oficio y una profesión, y en ese aspecto se debe ser profesional cuando se participa en instancias de este tipo.

Ahora bien, se recibieron en total más de 95 relatos, lo cual es una buena cifra para un primer concurso. Ayudó por cierto el hecho que pudiera enviarse por correo electrónico. Nunca es tarde para agradecer a todos quienes participaron, cosa que puede sonar a demagogia, pero la verdad es que para el jurado fue muy excitante la participación de tantas personas, algunas con un currículum más que notorio. En ese sentido se aplicó un criterio objetivo y si revisan la lista de ganadores verán que los datos de los participantes no pesaron en el veredicto final.

Decía que es importante creer en las bases y sobre todo respetarlas. En todos los concursos se exige cumplimiento de las disposiciones y los que no lo hacen se van al tarro de la basura. Por ello insisto en que quienes participen en instancias de este tipo cumplan con todo lo que se pide. Si son 12 páginas el máximo, que sean 12. Si se pide letra verdana, que sea verdana. No hay nada más fastidioso que ser jurado y lidiar con un relato que no cumple con estos sencillos reglamentos.

La mayoría de los participantes cumplieron bien y se agradece. Sin embargo, un punto que llamó fuertemente la atención estuvo referido al hecho de que la gran mayoría de los relatos que participaron no se enmarcaban dentro de lo que entendemos por ciencia ficción. Y sí, la mayoría de los cuentos no eran ciencia ficción, si no que cualquier otra cosa, llámase fantasía, terror, existencialismo, etc. No quiero dar cifras, pero

al decir gran mayoría, me refiero a un gran, pero gran número de relatos que no tenía nada que ver con el género.

Sé que en este punto muchos alzarán su voz. Después de todo ¿qué es ciencia ficción? Claro, existen muchas definiciones, muchas elucubraciones intelectuales, pero algo es seguro: la gran mayoría de éstas dejan en claro las diferencias entre la CF con la fantasía, el terror u otro tipo de géneros. A menos que elementos de estos géneros estén dentro de una historia de ciencia ficción la cosa puede funcionar, pero no si estos elementos son el punto central de la obra.

Quizás en las bases se debió dejar en claro qué entendía el jurado por ciencia ficción, pero me parece algo redundante e inútil. Cualquier definición que hubiésemos habría moldeado el género y no era la idea. Además creo que el problema con los cuentos recibidos no fue debido a una marcada diferencia conceptual. Creo que la personas que enviaron cuentos de terror, fantasía o de otro tipo piensan que el carácter casi exclusivo o excéntrico de esas obras las hacía parte de la ciencia ficción. Esto ha pasado muchas veces. Sin embargo es necesario señalar que la ciencia ficción por más excéntrica o rara que pueda ser, tiene su carácter y su estructura conceptual bien entendida.

Un cuento de duendes, de fantasmas, de hadas, etc., no es CF, a menos, como dije, que estos elementos estén presentes como parte de la historia y no como elementos conceptuales en sí. Siempre se ha dicho que la ciencia ficción no es sólo la proyección fantástica de una idea científica o tecnológica, sino más bien la construcción de un mundo donde los avatares de la ciencia y la tecnología tengan tal presencia, que si esos elementos desaparecen el mundo en cuestión también. Stanley Schmidt, editor de *Analog Science Fiction Magazine* lo señalaba al

plantear lo que ocurriría con la historia de Frankenstein si se le quitara toda la ciencia presente en ella. Claro, la historia no funcionaría tal cual como está escrita.

Insisto que no se trata de comparar distintos criterios de cómo ver o escribir la CF. El género a mi juicio está bien delineado, incluso dentro de su evolución histórica y todos los sub-géneros que han aparecido en dicha evolución, como los mundos paralelos, ucronías, etc. El tema en cuestión es que la CF debe tener su identidad y no ser un nombre más para referirse a un inmenso estilo o universo narrativo no-realista.

¿Será que en Hispanoamérica la ciencia ficción no es más que un estilo que puede también llamarse fantasía o postmodernismo mágico? La verdad que no lo sé. Sí tengo la impresión que el fenómeno de la fantasía anglosajona ha terminado por disolver la identidad que tenía la CF en los 50' o 60'. Tal vez el science-fantasy sentó las bases para esta realidad. Science fantasy, se supone, es un sub-género de la CF en la cual se unen los mundos fantásticos con mundos propios de la CF. En realidad no lo sé. Pero siento que la ciencia ficción, tal como yo la entiendo, se está escribiendo y leyendo poco.

En ese sentido el concurso *TauZero* dejó en claro que se trataba de un concurso de ciencia ficción, no de fantasía, ni terror u otra cosa. Si todos los cuentos presentados no hubiesen aplicado este criterio entonces seríamos nosotros los llamados a auto-evaluarnos. Pero la presencia de varios escritores con obras claramente de ciencia ficción nos lleva a pensar que el género subsiste y que su presencia es clara y definida, que existen lectores y escritores que saben de qué hablamos cuando hablamos de ciencia ficción. En ese sentido, creo que el jurado debe sentirse satisfecho. Lo ideal, por supuesto, es que existan premios para todos los géneros. Pero es importante que los participantes entiendan que

la CF no es un término amplio donde cabe cualquier tipo de narración fantástica.

En fin, la discusión puede quedar abierta. Felicitaciones a los ganadores y gracias a quienes participaron. A esto últimos no me queda más que decirles que escribir ciencia ficción es el oficio más difícil dentro de la literatura, porque hay que pelear con dos frentes: contra uno mismo, para escribir mejor, y contra el mundo en general que casi siempre no tiene idea lo que es ciencia ficción.

Pablo Castro Hermosilla
Agosto 2004

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN

por Pablo Castro Hermosilla.

PRIMER LUGAR

Misión en Miroa

por Luis Felipe Saavedra Vargas.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA

Exterminio

por Pavel Alejandro Kraljevich Muñoz.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA

JE.T.A.I.M.E. 1.0

por Francisco Eusebio Pino Sáez.

TERCERA MENCIÓN HONROSA

Castrense

por Jaime Andrés Ballesteros Aguirre.

CUARTA MENCIÓN HONROSA

El regreso del hombre muerto

por Sergio Gaut vel Hartman.

MISIÓN EN MIROA

por Luis Saavedra

Para Arthur C. Clarke

Unsool descendió envuelta en una bola de fuego desde la nave matriz, suspendida a 5000 km. en órbita geostacionaria. Aún en estado latente podía sentir la turbulencia traspasar el líquido de amortiguación inercial que hacía vibrar todo su cuerpo con un molesto cosquilleo. En el sueño frunció el gesto y el servo de biología le inyectó 30 mg. más de ketamina. Separándose de su cuerpo flotó lejos de su capullo-nave y la vio arder con un crepitar apagado, mientras la curvatura del planeta se hacía menos evidente a medida que se internaban más en la atmósfera alta, en ruta directa al ojo de un tifón. Y luego las nubes y la oscuridad la envolvieron con una violencia de vientos cruzados y relámpagos que enmudecían por el silbido de la nave al contacto del aire frío. A cuatro kilómetros de la superficie, el servo de biología disolvió benzodiazepinas en el torrente circulatorio de Unsool y entró en estado de latencia. El navegante de atmósfera se activó y tomó el control de los subsistemas procediendo a un plan de reconocimiento topográfico, usando cortos chorros de plasma cada cinco segundos para decelerar. A quinientos metros extendió las alas translúcidas y planeó sobre las turbulentas corrientes hasta una meseta cerca del naufragio. El suelo fuertemente compactado por la hierba absorbió el peso del capullo y luego las tuberías absorbieron el líquido del interior, mientras Unsool recuperaba lentamente el control de su conciencia. Como una nuez, el capullo se abrió dejándola libre y húmeda. Durante cinco minutos comprobó que su musculatura y cognición le respondieran con una serie de ejercicios de calistenia y matemáticos, para luego ordenarle a la armadura que se irguiera en modo instintivo. Su primera impresión de Miroa II fue la de un planeta donde solo existía una única estación: la tempestad.

Con una gravedad casi tres veces mayor a la terrestre, el planeta estaba a merced de una turbulenta actividad climática y eléctrica. No había grandes elevaciones y las nubes migraban por el cielo rápidamente en colgajos, mientras la intensidad de la luz variaba hasta una visibilidad de 3 kilómetros. Una hierba corta y de tallo fuerte era la única vegetación que se veía por doquier y varios ciclones rondaban la meseta en forma errática. Para Unsool era un paisaje sacado de un holo de entrenamiento: nunca había tenido la oportunidad de estar en misión en un lugar tan inhóspito, pero a la vez la combinación de violencia y profundidad le otorgaba una belleza temeraria. Sin embargo, ni siquiera la gravedad aumentada podía ser problema para una agente de fisiología adaptable y su armadura. Estableció comunicación con Gio, la IA de la nave madre, pero el enlace demoró más de lo debido, quizás debido a la alta ionización de la atmósfera. De pronto el logo corporativo de Gio

apareció reflejado en su subretina. "G:I:O operativo".

–Gio, estoy bien, no es un bonito paisaje pero al menos es interesante –dijo dando una larga mirada en derredor, mientras la IA descargaba rutinas compiladas y chequeaba el estado general de la humana. "Objetivo de misión: entrando". Al mirar hacia el oeste, su visión se transformó en un túnel que indicaba el lugar del naufragio de la Anoitá en colores incandescentes. El escáner de la armadura no mostraba señales de vida electrónica o biológica.

–Necesito ruta de vuelo, por favor. –Inmediatamente se estableció un cuadro tridimensional que cruzaba la meseta, evitando los tornados, hasta la otra nave.– Gracias. Por favor, asegura el capullo y activa una baliza de radiofaro.

"Ok, asegurado, activado radiofaro," refulgió en sus ojos. Tomando impulso, dio tres zancadas y saltó haciendo que los motores inerciales hicieran el resto. Siempre era una gran experiencia para ella sentir que se batía un record de salto largo. Y la turbulencia de la atmósfera también era parte de la diversión. Gio había aprendido que el explosivo aumento del ritmo cardíaco era parte de la biología de Unsool.

La armadura se encargó que el aterrizaje fuese tan suave que tocó tierra casi dentro de la bahía de carga de la Anoitá, que yacía en dos grandes pedazos, ambos sobre un costado. No perdió tiempo en establecer comunicación con la difunta IA y fue directo a la estación de mando, en donde encontró dos de las tres camas criogénicas. Ambos agentes estaban definitivamente muertos, sin posibilidad siquiera de un escaneo cerebral. En cuánto a la tercera cama, lo más seguro era que estuviera esparcida en los dos kilómetros de la trayectoria del aterrizaje. El faro de emergencia aún funcionaba pero ya no había nada vivo que rescatar y la bitácora de la caja negra indicaba un daño mayor en uno de los motores de hipersalto que obligó a la nave a salir al espacio normal. La IA de la Anoitá trató de resolver el problema por sí misma pero sólo logró que un incendio se propagara por las alas de navegación y afectaran los giróscopos de estribor, descoordinando los sistemas autónomos de estabilidad que comenzaron a emitir chorros de plasma sin ritmo, mandando a la nave a una espiral descendente sobre Miroa II. La reentrada estabilizó un poco la caída, dándole tiempo a los motores de proa para desesperadamente intentar decelerar, pero la tensión reventó la cubierta en dos y ambos pedazos cayeron. Era un milagro que quedase algo de la nave.

Unsool vio desapasionadamente la destrucción y luego dijo: –Gio, descripta objetivos, por favor. –Dos de ellos habían sido cancelados. Asegurar las cargas nucleares era ahora su objetivo primario.

La nave siniestrada iba a Sere, un planeta especializado en anular material fisionable y de riesgo biológico, donde se iban a destruir doce cargas nucleares confiscadas por la Novus Seclum a un reyezuelo que tenía planeada una escaramuza privada contra sus vecinos. El itinerario de las naves de carga era secreto y enrevesado para evitar los crecientes asaltos de los piratas. Se usaban los corredores más inestables y poco frecuentados de las corrientes

hiperespaciales, pero siempre más de alguna cosa podía salir mal. Unsool no estaba segura si esto podía ser algo más complicado que un desastre fortuito, de modo que ordenó a Gio armar las baterías de torpedos y estar alerta a los nodos de salida de los corredores por si llegaban visitas inesperadas.

La cuna de armamentos estaba diseñada para resistir el ataque de un misil de plutonio, era lo que decían los fabricantes. El uso y el envejecimiento habían hecho que una de las placas de seguridad fuese arrancada de cuajo, dejando expuestas las ojivas en sus cámaras, con el aviso de peligro de radiación en una de las paredes. El compartimiento estaba lleno de agua y algún tipo de vegetación resistente a los altos niveles radiactivos que eufórica había comenzado a colonizar todo. El escaneo de Gio y Unsool de los doce nichos verificó que ninguno estaba filtrado, con excepción del número 5 que no contenía ninguna ojiva. Gio rápidamente intentó ubicar la carga perdida, haciendo telemetría sobre la trayectoria de caída de la Anoita, pero no pudo localizarla. Unsool, más pragmática que la IA, rebuscó la superficie de una ojiva hasta hallar el bajorrelieve: un sello de claves ADN.

–Gio, ¿qué modelo son las ojivas? –Pero la IA no pudo encontrar nada en su base de datos de armamentos.– Bien, son antiguas o artesanales, pero aún pueden funcionar como cualquiera –se replicó a sí misma, acariciando el sello con las dos claves.– ¿Puedes decodificar ambas claves de ADN y emitir un pulso de radio por la banda protegida militar con ellas, por favor? Ojalá estemos aún dentro del rango.

Unsool le explicó a la IA que creía que las bombas se podían rastrear como todos los armamentos con el estándar de la Novus Seclum. Una de las dos claves de ADN era el catalizador para que un pulso radial comenzara a fluir desde el arma, en una banda y con una secuencia especial que estaba contenida en la segunda clave. Teniendo todos los sellos de claves ADN de las bombas se podía deducir cuál podría ser la secuencia del sello de la que estaba perdida.

Gio moduló varias claves en la banda de los 800Mhz a intervalos de tres segundos y luego esperaron. Afuera el viento rugía y la lluvia se aproximaba y alejaba, los tornados derivaban perezosamente hacia el sur. “Ojiva localizada, 80 km. punto cero, cuadrante 44–27, en movimiento”.

–¿Pero, cómo? –Espetó Unsool, sorprendida, no obstante se recuperó y volvió a preguntar.– ¿Existe biología importante en el planeta?

“No clasificada. Humanoide. Estadio: edad de metal, sobrevivencia precaria. Solicitando más resultados.” Bueno, no estaba muy lejos de la verdad, aunque no eran el tipo de piratas que ella esperaba. Una raza que recién construía puntas metálicas no tendría idea del peligro de una ojiva nuclear. Con un gesto de nerviosismo, decidió pasar la misión a clave amarilla de nivel 4. Una urgencia moderada, pero que despertaría las sospechas sobre ella en Control de Misión, a 150 años–luz de allí.

Desde afuera, Unsool activó la granada de espuma que inundó la cuna de armamentos y se solidificó en un muro más fuerte que el concreto. Luego, tomando impulso saltó hacia el sur tras la huella de la ojiva nro. 5.

Desde arriba, el paisaje era una secuencia violenta pero monótona de colores ocres y austeros con ninguna gran elevación a la vista. Según cálculos de Gio, los humanoides habían raptado la ojiva hacía cinco o seis días y seguían una ruta directa hacia el sur con destino desconocido. Unsool discutió la posibilidad con la IA de que aquella gente fueran meros recolectores de todo lo que fuese o pareciese metálico, lo que era una muy mala perspectiva. Se imaginaba a los humanoides intentando fundir la ojiva y detonando su carga, pero hasta ahora esas eran meras divagaciones. Miroa II solo había sido visitada en tres oportunidades en dos siglos y nunca fue declarada una fuente de recursos de nada, estando la galaxia poblada de miríadas de planetas más ricos y preciosos.

“Ingreso de nuevos datos. Ver panel.” Gio había encontrado algo interesante. Unsool ordenó a la armadura continuar en piloto automático y cambió la visión hacia el panel que titilaba en el ámbito más externo de la subretina. En él se mostraba una vista superpuesta del exterior cuya cromática derivaba al rojo hacia el oeste hasta un cráter, como a 12 km. de su posición actual. Los niveles de radioactividad degradados indicaban un antiguo incidente nuclear. Decidió que bien merecía echarle una ojeada y retomó el control de la armadura. Cinco minutos más tarde, se encontraba en el borde del cráter de 1 km. de diámetro, que ahora era una laguna de aguas revueltas y ríos tributarios. La explosión nuclear que abrió ese agujero pudo haber sido un torpedo táctico de alguna expedición anterior. Pero lo más interesante fue observar las grises y embarradas casuchas de los humanoides en toda la costa de la laguna y a una prudente distancia. No había nadie fuera de las construcciones y todas estaban conectadas entre sí. Gio configuró la hipótesis de que la vida social pasaba dentro de las construcciones mientras las tempestades azotaban el exterior, mas no había encontrado bibliografía completa sobre esta raza o sus métodos de supervivencia. Hacia el centro del poblado había un claro y un tótem pesado y tosco, igualmente gris con una mancha amarilla. Unsool descendió en aquel patio interno verificando que estaba sola, su mirada derivó desde las varias esclusas en las paredes que despedían un vapor blanco, que se arremolinaba hacia la tempestad, hasta el portal con una cerca que contenía unos durmientes y arracimados animales anaranjados. Sin embargo, luego se tropezó con el símbolo de fondo amarillo que había visto desde el aire.

–¿Ves lo que yo veo, Gio? –Obviamente la IA le devolvió la misma imagen simbólica, en el contexto que se entendía a lo largo de toda la Novus Seclum: Peligro de radiación. El trébol de tres hojas estaba dibujado sobre una placa de metal arañada y desgajada por fuerzas de reingreso.– Gio, ¿existe algún tipo de naufragio anterior a la Anoita?

El cursor en el panel de búsqueda parpadeo un par de ciclos y luego devolvió siete

resultados en el cuadrante, ninguno con rescate confirmado. Un momento más tarde, Gio envió una instantánea de escáner topográfico donde destacaba un rastro similar al que había dejado la Anoita en su descenso, dirigiéndose hacia el centro del cráter inundado. La mala suerte había hecho que algo de carácter nuclear, divino en su furia, cayera sobre Miroa II marcando la vida de esa raza.

–Esta gente cree en un dios, Gio, que no es precisamente bondadoso. –Unsool tocó con delicadeza la superficie de metal y luego retiró la mano como si le hubiera quemado; al hacerlo la placa se tambaleó y golpeó contra la superficie de piedra del tótem, emitiendo un sonido profundo que se sostuvo en la atmósfera. Una de las bestias desperezó unos zarcillos violáceos, abrió una boca perfectamente redonda y aulló con una voz gutural que alertó a las demás. Todas comenzaron a chillar y azotar los zarcillos en el aire. Hubo movimiento al interior del poblado, Unsool oyó a muchos que venían. Era hora de pasar de las elucubraciones a la acción y saltó al aire de nuevo, perdiéndose en la bruma que salía del patio interior.

Gio le indicó que la ojiva no se había movido mucho, avanzaba a razón de unos 15 km/h, quizás tirada por algunos humanoides a mano limpia. Unsool creía que la llevaban a algún templo de adoración donde la podían activar y esta explosión no iba a ser tan gentil como el simple naufragio de una nave con reactores anticuados. La ojiva era un arma militar de 1500 megatonnes.

Demoró otros treinta minutos en darle alcance a la ojiva. Parecía reposar al borde de una fortificación más grande que la que había visto al borde del cráter inundado. Suspendida a 100 metros de la superficie, decidió analizar detalladamente el escenario, antes de tomar cualquier acción. En sus paredes asomaban agujeros de ventilación por donde se arracimaban los rostros de muchos humanoides gesticulantes. Al lado de la ojiva estaba un grupo de cinco seres envueltos fuertemente en ropajes gruesos y embozados, inmóviles, esperando algo.

–¿Tú que crees, Gio? –preguntó Unsool. Gio utilizó los sensores de la armadura para hacer un análisis sistémico del interior de la bomba. “Estado: Seguro pero con contusiones en el gatillador”, apareció en su subretina. Y luego dirigió su atención a los seres, pero estaban muy lejos para los escáneres biológicos. Gio revisó la normativa de contactos de la Novus Seclum y decidió que había resquicio legal para una acción directa y sin permiso. “Desciende. Asumir divinidad”, sugirió.

–Siempre y cuando esta gente quiera verme como una diosa y no como una alimaña.

“No hay muchas opciones. El gatillador puede ceder. No pueden tocarte.”

El grupo seguía inmóvil alrededor de la bomba, mientras una imagen igneográfica de Gio le indicó a Unsool que la gente se iba agolpando detrás de los ventanucos de la fortaleza. Entre la espada y la pared decidió jugar a ser Dios.

Le ordenó a la armadura descender expeliendo tantos chorros de vapor por las toberas

como pudiera, generando una cortina de humo para una entrada en escena espectacular. No obstante que la charada surtió cierto efecto en la gente en los ventanucos, no fue así para el grupo arracimado alrededor de la ojiva, que se mantuvo impertérrito. Apareció ante los ojos de todos los humanoides como una diosa de armadura roja y azabache, excelsa. De cerca los seres eran más pequeños y gruesos y tenían la estructura clásica de todos los humanoides de la galaxia. No muy segura de tener las cartas a su favor, extendió un brazo hacia la ojiva y luego se indicó a sí misma.

“Háblales”, sugirió Gio.

–¿En qué idioma?

“Solo es un efectismo”. Unsool lo pensó un momento mientras la tormenta rugía alrededor de ella y del grupo y la ojiva. Había muchos espectadores observando.

–¡La ojiva es mía, me la llevaré! –gritó hacia el grupo y luego de nuevo hacia la fortaleza. Volvió a indicar la bomba y después hacia sí misma. En ese instante uno de los seres del grupo se levantó y comenzó a gesticular, hablando en una lengua rasposa y lenta que salía de lo profundo de sí. Las palabras alcanzaron a la multitud que se removió intranquila. Gio postuló que se había hecho una presentación de Unsool como una divinidad por parte de una especie de sacerdote, pero ella no lo creyó, era una explicación muy sencilla y nunca lo había sido en los casi mil mundos habitados de la Novus Seclum. Unsool intentó un nuevo enfoque.

Abrió manualmente la carcasa de uno de los motores de impulso de la armadura, en su cintura, adentro se veía la celda de energía con el trébol sobreimpreso. No era muy grande pero quizás fuese suficiente para demostrar que ella y la ojiva estaban relacionados. Se acercó más, lentamente, al grupo y su supuesto líder, pero sabía que no le temían, tal vez ya habían visto a alguien como ella. Indicó el símbolo y esperó a que las criaturas hicieran la conexión, pero no vio ningún síntoma de reconocimiento. Se estaba comenzando a poner nerviosa. La tormenta que no cesaba, la multitud muda y expectante, demasiados pares de ojos sobre ella influyeron para que, en un paso falso, se adelantara a revisar la ojiva desde más cerca. Otro de los seres se incorporó como el rayo y la amenazó con una lanza de un mineral cristalino, mientras un tercero corría hasta la ojiva y le daba un golpe con un mazo en la ya abollada superficie. Unsool analizó sus opciones y decidió seguir las prioridades de su misión. Con un brazo de la armadura le dio un duro garrotazo a la lanza que se quebró y luego disparó lancetas desde el arma de su guante contra el humanoide con el mazo, que saltó hacia atrás muerto. Otro de los seres le lanzó inesperadamente y con inaudita certeza una especie de petardo arrojadizo sobre el reactor abierto de su cintura. El reactor estalló abrasando su carne a través de la ropa con una oleada de dolor y cortando el circuito de energía de los periféricos, matando a otro de los humanoides que estaba más cerca. Sintió la ausencia inmediata de Gio, que debió perder el enlace ante la falla. Otros dos seres se

le arrojaron y comenzaron una sesión de mazazos inmisericordes sobre la armadura, obligándola a inclinarse y caer al suelo. Intentó defenderse antes que se les uniera el sacerdote y con una mano de la armadura pudo detener un mazo y lo descargó contra la cabeza de su dueño, que cayó como un muñeco desarticulado. Con el otro brazo descargó un puño sobre el pecho de otro que lo envió a diez metros de distancia, consumiendo la mayor parte de la energía de emergencia de los servomotores. Así y todo, sintió la punta de una lanza entrar por debajo de la pechera de la armadura, clavándose peligrosamente cerca de su hígado. Lanzó un grito ahogado, mientras el sacerdote esgrimía la lanza roja con orgullo hacia la multitud y la tormenta.

Gio logró el control parcial de la armadura y reconectó los sistemas de periféricos. Se puso al tanto de los últimos sesenta segundos pero seguía sin saber nada, analizando datos en bruto, en estado de emergencia. Las voces de toda la multitud sonaban como un coro profundo de mareas que subían y bajaban. Unsool, inutilizada en el suelo, a dos metros de la ojiva, observaba impotente cómo el sacerdote alzaba el mazo de su compañero y lo dejaba caer pesadamente sobre la bomba. Una grieta surgió, negra como la pez. La multitud comenzó a arrojarles cosas desde los ventanucos y el sacerdote arremetió contra ella con una voz que se mezclaba con la ferocidad de los vientos.

Unsool lo comprendió todo, como en una revelación. Gio leyó su escáner mental y erigió una advertencia. "Detener humanoide/daño".

-Eso es muy fácil de decir.

El sacerdote rugía contra la multitud y la multitud gemía. Era un gemido de espanto. La gente huía hacia el interior de la fortaleza. El trébol, la laguna, el miedo, la destrucción. Esto no era un culto, era una guerra. Una represalia que demoró trescientos años desde la primera hostilidad cuando la nave arrasó una ciudad del bando del sacerdote. El ser menudo enviaba enérgicas muestras de odio contra la ciudad y luego arremetía contra la ojiva. Otro par de grietas se sumaron a la superficie. Unsool intentó hacer un buen blanco con las lancetas sobre el humanoide pero estaba demasiado débil para sostener el peso muerto de la estructura de la mano biónica. Un par atravesó tangencialmente las vestiduras, lo cual solo logró atraer la atención del sacerdote. El ser levantó el mazo y se dirigió hacia Unsool.

-¡Mierda, Gio, viene hacia mí!

Gio reunió lo que pudo de las energías de reserva de la armadura y la concentró en accionar el brazo. "Úsala". El golpe aplastó el pecho del sacerdote que salió proyectado hacia la ojiva, desestabilizándola. Como en un mal sueño de reentrada, Unsool observó impotente cómo la bomba caía y su superficie se resquebrajaba dejando salir la muerte amarilla del trébol negro.

-¡Gio, sácame de aquí! -chilló Unsool, aterrada.

Un momento de tormenta y luego un día de sol intenso y fuego devorador. El segundo

que había visto Miroa II. Unsool solo había alcanzado a esbozar un grito.

Gio demoró diez ciclos más de tiempo estelar en Miroa II, esperando, aunque fuera una señal aleatoria de la voz de Unsool. No hubo nada. Solamente el rugido electrostático de las violentas tormentas, azuzadas ahora por el caos de la radiación que consumía todo un hemisferio del planeta. Esperó pacientemente hasta que todos los objetivos quedaron cancelados, debido a que las últimas ojivas detonaron accidentalmente estando como estaban tan cerca del primer impacto, y en forma previsible, con un día de desfase, dejando la llanura central de Miroa II convertida en una zona de muerte. El eje del planeta se inclinó medio grado e inició un bamboleo que no cesaría en milenios con devastadoras inundaciones y huracanes de cientos de años. Gio lo registró todo, o casi: borró de sus registros las referencias a las detonaciones nucleares y creó una nueva defunción para la agente, según su programación de instancias de seguridad de la Novus Seclum. La información la codificó en un haz cuántico que cruzó el hiperespacio directamente a Control de Misión.

“Estado de la misión: ejecutada satisfactoriamente. Condición verde. Bajas: Brendei, Unsool, agente rango 15.”

Gio solo podía saber de estadísticas y resultados.

Con un espasmo de plasma desde babor, la nave sincronizó un nodo de entrada a una corriente del hiperespacio y Gio despertó al Navegante para que retomara sus funciones. Como un animalito al borde del invierno, la IA se sumergió en un estado de hibernación y tuvo una fugaz imagen de alguien volando en un cielo deslumbrante.

© 2004, Luis Saavedra

Sobre el autor: Luis Saavedra nació en 1971 en Santiago de Chile, es Analista de Sistemas y siempre se interesó en lo fantástico por su estética de colores chillones y sus monstruos enfurecidos con buen gusto por las mujeres. En 1988 se incorporó como un activo miembro de la SOCHIF, de la que fue secretario al poco andar. Luego formaría parte del grupo Ficcionautas, que realizaron cinco convenciones de fines del siglo pasado, y editaría los fanzines *Wonderlands* y *Nadir*. Actualmente trabaja en el Banco de Chile y ocupa el resto del tiempo en el fanzine *Fobos*.

EXTERMINIO

por Pavel Kraljvelich

Ya es de noche, la luz de la vela ilumina apenas mi cuarto de tres por cuatro metros y sobre el techo se dibujan sombras espectrales arrancadas de las fogatas de la calle. Me preparo para salir, reviso las balas que tintinean cuando golpeo con la mano el bolsillo de la chaqueta y miro de reojo el rifle sobre el camastro. Es de noche, hace frío y repaso de memoria la rutina diaria de asegurar las cuatro cerraduras de la puerta que protege mis escasas pertenencias: el camastro de campaña, una muda de ropa, un abrigo con los bolsillos rotos, la cocinilla a gas y la reproducción de una fotografía de Eugene Smith que me regalaste hace tanto tiempo, mucho antes de irte. Es quizás por eso que te recuerdo ahora, mientras pienso en los ocho pisos que debo bajar por las escaleras para alcanzar la calle, atento a las sombras de cada rellano, alerta a pesar de lo débil que me siento. Y me doy cuenta de que algo distinto sucede, una digresión, si quieres. Este es el único modo que tengo de contarte. Luego tú decidirás si corresponde o no, pero ese ya no es asunto mío. Ya cumplo lo suficiente con contarte, con tratar de contarte.

En fin, las cosas nunca fueron como yo pensaba. No porque resultasen distinto, sino simplemente porque no me había hecho una idea clara de lo que quería. Entonces sucedió todo. ¿Sabes qué es lo que pasa cuando algo cambia y tú apenas tenías una vaga noción de ese algo, apenas podías nombrarlo, identificarlo entre todas las otras cosas que te rodean? Piensa además que ese *algo* al que me refiero es aquello que todos llaman vida. ¿Sabes qué pasa, entonces? No queda nada, eso pasa, y de hecho eso fue lo que sucedió. No hubo razones ni explicaciones para modificar con tanta profundidad todo lo que conocíamos y a lo que estábamos tan habituados. Hay que aclarar, de todos modos, que nadie pidió las respectivas explicaciones. Simplemente sucedió. Los edificios fueron demolidos uno por uno. Una espesa nube de polvo fue cubriendo la ciudad, una nube que demoró varios años en disiparse y que terminó por posarse sobre las calles, los árboles y los escaños de las plazas. Todo esto sucedió hace muchos años y el polvo persiste, fétido, como un organismo vivo que cuenta con mil maneras de regenerarse. La gente de la ciudad se ha acostumbrado a los cambios, como suele suceder. Yo también lo he hecho: no soy un ser humano extraordinario como para rebelarme. Al parecer nadie lo es en la ciudad.

Desde mi cuarto, en el único edificio que queda en pie, puedo ver las calles, puedo ver la esquina donde antes había un café en que vendían exquisitos panqueques con relleno de mermelada de frutillas. Alguna vez nos citamos allí, y tú pediste jugo de naranjas y yo un café. Releo lo que he escrito y te pido disculpas por no ser tan preciso como quisiera. Las calles tienen ahora otros nombres, que cambian periódicamente, y los nombres anteriores, los de nuestro tiempo, los he olvidado. En la cuadra donde estaba el café hay ahora un

terreno baldío, rodeado por un muro en ruinas, donde un grupo de personas vive aspirando bolsas con tolueno. Me parece que son tres o cuatro familias, unas veinte personas en total. Por las noches encienden enormes fogatas con muebles viejos que recolectan por las calles. Te asombraría ver la cantidad de columnas de humo que, incluso durante el día, se elevan desde diferentes puntos de la ciudad. Son como cicatrices negras sobre el cielo permanentemente gris. Estas fogatas son la única forma de espantar el frío y las jaurías de perros que asolan las calles durante la noche.

A veces, aún ahora, me paseo por la Plaza Central como si fuese lo más normal del mundo y no lo es. Voy por las mañanas, casi siempre. Voy a desayunar a un comedor público que, durante el tiempo anterior a las demoliciones y la nube de polvo, dependía de la Iglesia y que ahora es propiedad de una matrona gorda que defiende su negocio a punta de escopetazos. Allí se pueden conseguir, con algo de suerte, un par de huevos calientes y café rancio. La matrona también administra a una docena de menores de edad, niños y niñas, que realizan todo tipo de prestaciones sexuales.

De los edificios que rodeaban la Plaza sólo queda la Catedral y un ala en ruinas de la Oficina de Correos, que por milagro aún funciona. La Catedral permanece con las puertas cerradas, sitiada en sus tres frentes visibles por mendigos que se arrastran hasta allí con rastros de frazadas y cartones a medio podrir. Existe en la ciudad un intermitente rumor acerca de la próxima apertura del templo, un rumor que se ha gastado con los años y se ha convertido nada más que en un suspiro de desesperanza. Es bien sabido por todos que los curas se han marchado y que el interior de la iglesia está vacío. A pesar de eso los mendigos siguen llegando y se amontonan como lombrices en las escalinatas, rodeando las estatuas de cardenales muertos cuyos nombres ya nadie recuerda.

La Oficina de Correos, por su parte, es una de las pocas instituciones que funciona en la ciudad, por lo menos en apariencia. Todos los días, frente a la única ventanilla que atiende al público, se forma una larga filade personas que consultan por encomiendas de algún pariente en el extranjero. Su único funcionario abre dicha ventanilla a las nueve de la mañana en punto y cierra al seis de la tarde, de lunes a viernes, y los sábados abre de diez de la mañana hasta las dos de la tarde. La gente que acude a la Oficina de Correos se renueva diariamente y todos escuchan la misma respuesta: no se ha recibido ningún envío desde el extranjero. Si alguien asegura tener la certeza –una imposibilidad, como te habrás dado cuenta– que la encomienda fue ya despachada desde su lugar de origen, el funcionario le entrega tres o cuatro formularios para reclamar el paquete presuntamente extraviado y le conmina amablemente a volver la semana siguiente para cursar la solicitud de revisión de entregas.

Luego del desayuno me instalo en uno de los escaños que los maricones ocupaban para comprar sexo, años atrás, por el costado norte de la Plaza Central, cerca de donde estaba

Primera mención honrosa

la estatua de El Conquistador y que desapareció en la época de las primeras demoliciones. Ahora ya no hay maricones en la ciudad. Casi todos ellos se marcharon o simplemente están muertos. Dicen –no lo sé a con certeza pero intuyo cierto nivel de verdad en este rumor– que fueron lanzados al mar tras una prolongada tortura, vivos o muertos, atados de pies y manos y con la cabeza cubierta por una bolsa plástica. Tampoco hay ya muchos viejos. Como te imaginarás, no pudieron sobrevivir a la nube de polvo. La bronquitis y todo tipo de enfermedades respiratorias los diezmó, y durante meses abarrotaron las ya escasas salas de los hospitales. Era todo inútil, claro. También murieron los niños más pequeños y los médicos que se contagiaban o simplemente sucumbían al cansancio. Es curioso cómo el cadáver de un viejo se puede parecer tanto al de un niño. Los cuerpos comenzaron a apilarse en la morgue, primero, y luego comenzaron a amontonarlos en algunas plazas públicas. Al principio los deudos se daban el trabajo de buscar a sus difuntos en las pilas funerarias, pero la indiferencia poco a poco fue ganando terreno y los cuerpos comenzaron a descomponerse y a convertirse en alimento de las gaviotas, las ratas y los perros. Se dice que finalmente fueron trasladados en camiones a terrenos agrícolas en los alrededores de la ciudad para ser sepultados en fosas comunes. La verdad es que a nadie le importa demasiado.

Me quedo casi toda la mañana sentado en un escaño de la Plaza Central, observando a las palomas que, desesperadas y grises, buscan algo para comer. No llevo semillas, como debes suponer. Me conoces y es inútil tratar de pintarte una imagen de mí que te resultaría extraña: me voy a la Plaza Central por la mañana a ver a las palomas, aves horribles, morir de hambre. Las palomas de las que te hablo no son las mismas que tú recuerdas. Hace muchos años que te fuiste, y en esa época todo era distinto. Éramos más jóvenes, de partida. Pero las palomas, de eso quería hablarte. Nuestras palomas son ahora del tamaño de una gallina y al menor descuido te puede sacar un ojo. Casi no vuelan, pero sus precipitadas carreras y cortos planeos las mantienen relativamente a salvo. No son un problema, de cualquier modo, pues los perros o los mendigos de la Catedral se encargan de mantener su población controlada, si me entiendes.

Por las tardes voy a caminar hacia el lado del río, haciendo un breve alto en lo que queda del Mercado Central para conseguir un poco de arroz y verduras a precios obscenos. Luego sigo por el borde del río hasta donde está el edificio de la Facultad de Derecho, convertido ahora en matadero para los perros que vagan, salvajes, por las calles. Un par de cuadras antes de llegar al edificio se pueden oír los aullidos de los perros y, aunque no es posible estar a menos de cincuenta metros pues el hedor de la carne podrida que se apila en el anfiteatro es insoportable, me acerco a la entrada principal. El portero, un tipo gordo y sudoroso, me recibe con una mueca que pretende ser una sonrisa y me acompaña hasta el auditorio del segundo piso, donde se dictaban las clases de Derecho Romano, que ahora hace las veces de oficina para el Servicio de Seguridad, Sanidad y Abastecimiento. Además

de encargarse de los perros salvajes, es desde este edificio de donde salen los escuadrones de vigilancia que escoltan a los convoyes con el arroz que se reparte en los diversos mercados de la ciudad. Esos mismos escuadrones son los que se encargan de disolver motines, saqueos y recoger los cadáveres que aparecen cada día en las calles: víctimas de los perros, de algún asalto, del frío o del hambre. El Servicio está a cargo de un sujeto flaco y pálido, siempre vestido con una camisa blanca raída en los puños y una corbata negra ceñida al cuello con un perfecto nudo estilo *windsor*. Se llama Ciro Domínguez y me han contado que solía ser Juez del Crimen, pero esto no es seguro pues toda la información que puedas conseguir se basa en rumores. Cada tarde lo encuentro concentrado en libros de cuentas y, sin mediar palabras, me entrega el dinero de la noche anterior, doce balas y un poco de aceite para el rifle. Luego debo firmar un recibo donde me comprometo a matar al menos diez perros esta noche para recibir mi paga diaria.

No puedo contarte más. No hay más que contar. Apago la vela y me acerco a la ventana para mirar la enorme fogata que han encendido enfrente. Al parecer lo que arde es un sofá de tres cuerpos, con un tapiz que alcanzo a distinguir, o imaginar, verde. Ya es tarde y debo salir. Camino hacia la puerta, escucho el sonido metálico de las balas chocando en el bolsillo, el ruido sordo de las gomas de los zapatos sobre el piso. Antes de abrir la puerta pego el oído a la madera y contengo la respiración. Silencio. Giro la primera cerradura. Vuelvo a pensar: ya es tarde.

© 2004, Pavel Kraljvelich.

Sobre el autor: Pavel Alejandro Kraljevich Muñoz nace en 1973 en Antofagasta, Chile. Ha cursado varias carreras universitarias y ha participado también en diversos talleres literarios, entre los que destaca el taller dirigido por Carlos Cerda en la Biblioteca Nacional, en el marco de los Talleres Literarios José Donoso que se realizaron entre 1997 y 1998. Actualmente se encuentra dedicado a sacar adelante el proyecto de *Ediciones K*.

JE.T.A.I.M.E. 1.0

por Francisco Pino

Sus manos ordenaban los archivos de una manera increíble, luego de tomar cada disco expediente lo insertaba en su palma descargando la información y luego organizándola en el contenedor zip. Sentada frente a su escritorio, ensimismada en su trabajo, brillante y dorada, era una de esas secretarias androides que hacían que el humano más insensible sucumbiera a sus encantos de máquina curvilínea de diseño neomecha.

A pasos de ella, absorto mientras pulía por décima vez un vidrio a punto de destrozarse, un robot de asepsia no despegaba sus receptores visuales de aquella diosa de acero y bronce. Su placer, descaradamente enajenador, no le advirtió que el vidrio estallaba en mil pedazos.

–Campo de fuerza inverso y absorción de fragmentos de vidrio y onda expansiva –sentenció el robot mientras un halo celeste transparente se expandía absorbiendo los trozos y el molesto sonido provocado por el estallido.

–¡Bravo! –exclamaron las personas mientras se levantaban y veían que la situación estaba bajo control. Miraban admirados al robot de fantásticos reflejos y perfecto equipamiento.

Y fue cuando sucedió. Francine, quien no despegaba sus manos de la multifunción archivatoria, detuvo su trabajo y enfocó sus receptores visuales sobre Celso, el robot de asepsia, quién, en un estúpido vaivén reactivo a la mirada de la secretaria se desplomaba escaleras abajo mientras movía su mano mecánicamente en señal de saludo.

Y es así. Los días pasan en la ciudad, como un mecanismo eterno con fuente de poder vitalicio. Por las calles limpias y perfectamente pulidas circulan humanos y máquinas, unos sirven y otros ordenan, en un ciclo cotidiano y natural que se ha repetido eternamente desde la aparición del hombre y sus jerarquías.

Desde la invención de la Corteza Cerebral Sintética la vida del hombre dio un vuelco radical, lo que permitió que todo tipo de tareas, desde utilizar una computadora de plasma hasta cargar barras de acero integrado, fueran desarrolladas de manera eficiente y eficaz. El sistema CCS permite la utilización de un casco neuronal que conecta al humano con su droide de trabajo, independiente la distancia, a través de la empresa que contrata al empleado y una vasta red de fibras multispeed de instalación básica. De esta forma el encargado del robot constructor de la torre de comunicaciones en Libreville, Gabón, comanda a su autómatas a la perfección mediante un ordenador de plasma y su implante de corteza cerebral sintética desde su casa en Ottawa, Canadá.

De ese modo, el sistema de trabajo experimentó un cambio que mejoró las relaciones internacionales, las tecnologías de comunicación y la precisión de la mano de obra formal e intelectual en el mundo. Pero no fue suficiente como para lograr un cambio en el trato entre trabajadores virtuales, existiendo altercados y abusos de poder entre capataz y

Segunda mención honrosa

empleado. El hecho de trabajar a distancia no podía impedir discusiones con otros profesionales, o problemas de trato y más aún, peleas entre los droides realizadores del trabajo. La naturaleza del ser humano tiende a la violencia de manera directa o indirecta, lo cual podría diagnosticarse como un problema de inseguridad crónica, solucionable sólo con el dominio o control de individuos cercanos y situaciones.

Pero a pesar de los problemas naturales del ser humano, un hombre y una mujer descubrirán el secreto que los llevará a la felicidad plena. Ella vive en Nantes, Francia, en un departamento que le dejó su padre antes de morir. Su vida es solitaria y apagada. Aparte de su ordenador de plasma, su cama y algunos electrodomésticos no posee más bienes materiales. Su mente se entrega al minimalismo absoluto, aplicándolo tanto a su forma de pensar como a su manera de vivir.

–Archivo de datos e interrelación de información con proyecto de educación en Mogadiscio, Somalia –ordenó mientras desplegaba las ventanas del sistema operativo y vigilaba la cafetera sobre la única mesita que se encontraba en la esquina de su apartamento.

Alternativamente en el Ministerio de Educación de Somalia la secretaria droide se activaba y empezaba su frenético orden y asimilación de archivos.

Pero sus receptores ópticos no pudieron evitar ver al robot de asepsia colocar un nuevo cristal en la ventana rota. Los dedos de Francine y las sinapsis de orden de su cerebro se centraron específicamente en la máquina que manejaba el vidrio.

–Concéntrate Francine, sería lo último si te empezaras a enamorar de ese robot –dijo y tomó un sorbo de café.

Aquel pensamiento había recorrido su mente desde que conoció al hombre mecánico encargado de la limpieza, el cual gracias a su cortesía y asistencia cobraba una gran impresión en la secretaria.

–¿Será un autómatas o un droide de la CCS? –se preguntó Francine y después de investigar visualmente su armadura encontró la sigla que deseaba ver.

Mientras en Kingston, Jamaica, Celso respiraba el aire fresco que lanzaba su ventilador mientras comunicaba finalizado el acoplamiento del cristal en la ventana.

–El cristal está listo señorita Francine –anunció cortésmente Celso mientras ordenaba su brazo múltiple y miraba insistentemente a la droide en busca de algún espasmo o coqueteo.

–Muchas gracias –respondió con asombro Francine mientras pensaba de qué manera aquel robot supo su nombre.

–Soy Celso y estoy para servirle –dijo mientras se retiraba firme y seguro en sus pasos dando una que otra mirada a la estupefacta androide.

Ya era tarde y la jornada de trabajo terminaba. Celso abandonaba su casa para reunirse con sus amigos en algún bar de Kingston Bajo. Sus sienes le apretaban y latían.

–Sirva una ronda de cerveza –ordenó Celso al barman droide de turno mientras encendía

Segunda mención honrosa

un cigarrillo y charlaba animosamente con sus amigos.

–Hoy tuve un gran problema con el droide capataz en mi empresa – contaba Julius, amigo de infancia de Celso–, el muy cretino me obligó a realizar esfuerzo redoblado en la carga de peri 2 de acero integrado, lo cual pudo haber fundido los mecanismos de carga de mi robot carguero y eso sería un serio descuento de mi salario, perdería dinero de por vida.

–¿Y como tomaste el asunto? –preguntó Celso mientras soltaba una bocanada de humo.

–Traté por los medios lógicos del diálogo, luego al ver que no reaccionaba, me contacté con la empresa matriz que nos contrató, lo cual provocó el despido del capataz en cuestión, era un tal Cantini que trabajaba desde Milán –y tomando un sorbo de cerveza notó en Celso algo extraño.

–Me parece que te pasa lo mismo que a mi, trabajar con esa corteza cerebral sintética me provoca lapsos de enajenación, e incluso en ocasiones no logro diferenciar si la labor la realizo yo objetivamente o mi droide de trabajo, es confuso, creo que necesito vacaciones –y llamando al barman droide pidió más cerveza y un tema musical holográfico de fondo

–Bueno aparte de los malestares del casco neuronal mi problema es otro –tomó un poco de cerveza y prosiguió–, en el departamento en el que trabajo a cargo de la limpieza existe una droide encargada de la multifunción archivatoria. Lo único que sé de ella es su nombre y también que no es un autómatas si no que trabaja con implantes CCS.

–¿No me digas que te atrae una droide secretaria? –exclamó exaltado Julius mientras daba palmadas a Celso en la espalda.

–Creo que sí, desde que vi el rostro de Francine en la interfaz de aspecto de la droide no he podido sacar esa imagen de mi memoria –y bebió cerveza mientras sonreía a Julius que soltaba una gran carcajada.

Repentinamente un grupo de personas entró en la cantina de manera abrupta. Traían holopancartas y discofolletos y empezaron a vociferar mientras entregaban los informativos.

–Realizaremos una asamblea por los derechos de los trabajadores de la CCS, las injusticias salariales y de abuso de poder frenan nuestro crecimiento como gremio y peor aún, nos separan a nivel político y gubernamental.

El público, muy conforme del discurso aceptó la información. Lo que el gremio no sabía era que entre los asistentes del bar estaba uno de los cabecillas del sindicato de capataces, el cual al escuchar al grupo se levantó mientras pagaba la cuenta y miraba tratando de reconocer rostros para informar a sus superiores.

Los ánimos se apagaban en Kingston. Celso, Julius y los demás discutían la posibilidad de jugar un partido de fútbol soccer en una de las canchas aledañas, el partido se formalizó cuando comenzaron las apuestas. Celso, parado en medio de la cancha, miraba al cielo nocturno, a la estrella más brillante. Un pelotazo en el rostro lo aterrizó de su éxtasis.

Al mismo tiempo, Francine, retocaba una imagen en su editor gráfico. Era el rostro de

Segunda mención honrosa

Celso, realizado en un collage al más puro estilo pop art graphicshop. Recordaba a su padre cuando le decía sobre vivir con él en el campo, con esa amabilidad que le caracterizaba y que reflejaba en sus grandes ojos negros. Mientras trabajaba sonreía. Trataba de enfocar el rostro a través de la interfaz del robot de asepsia.

–Si tan sólo pudiera verlo –pensó Francine.

–¿Qué estará haciendo ahora? –pensó Celso.

El rubor subió a la cara de Francine. Celso la paraba de pecho y daba pase a Julius. Una sonrisa delicada figuraba en el rostro de la joven mientras se levantaba a atender la puerta de su departamento. Celso pidió un tiempo. Julius lo miró y sonrió, haciendo un gesto de locura con sus ojos y manos. Francine recibió a Amelie, su amiga del alma. Celso descansaba junto a Julius.

–¿Cómo se llama? –preguntó Amelie mientras servía una taza de café negro.

–Celso –murmuró tímidamente Francine –trabaja conmigo en el ministerio de educación de Mogadiscio, Somalia.

–No crees que es muy apresurado creer que te gusta un tipo que ni siquiera conoces y para colmo trabaja en limpieza –comentó peyorativamente Amelie.

–No es el hecho de que trabaje en limpieza, ni menos el tiempo que lo conozco, es su mirada, apenas la distingo a través del grueso cristal de la cabeza del robot, pero me da confianza y me agrada, siento algo muy extraño por él –y diciendo esto Francine miró con rubor a Amelie.

–Parece que esto va en serio, trata de no desilusionarte, recuerda que los amores fugaces son peligrosos –sentenció Amelie mientras miraba de manera pícara a Francine. Ambas sonrieron.

Mientras al lado de las canchas de Kingston bajo.

–Yo creo que no tienes que tomártelo tan a pecho, recuerda que la apariencia de la droide no tiene nada que ver con el cuerpo real de la chica – replicó desconfiado Julius mientras Celso secaba su transpiración.

–Lo sé amigo, pero esto va más allá de las apariencias. Al principio me atraía su diseño de cubierta, pero luego empecé a ver por sobre lo material, sus ojos brillaban atravesando la pantalla de interfaz de la droide –comentaba absorto Celso–, lo único que deseo ahora es verla de nuevo.

–Eres un enfermo, enamorarte de la cubierta de una droide secretaria –y riendo daba palmadas a Celso el cual carcajeaba de buena gana ante su buen grupo de amigos.

La tropa se aprestaba a pagar al droide guardia la cuota de arriendo por la cancha cuando uno de los chicos de la cantina se aproximó exaltado.

–El gremio de capataces convocó a reunión extraordinaria en la sede virtual del holomundo, a las 11:00 AM. Deben avisar a la Empresa de CCS y al matriz empresarial que los contrató

Segunda mención honrosa

–y diciendo eso desapareció entre la multitud.

–Esto me da mala espina –comentó Julius a unos de los muchachos del grupo.

–Pero no nos queda más que asistir, es nuestra responsabilidad al participar de esta forma de trabajo y nuestro gremio –comentó Celso mientras el grupo se separaba.

–Aún así debemos estar preparados para cualquier golpe bajo –dijo Julius a Celso mientras se despedían.

Esa noche Celso no podía dormir. Se conectó a la red a través de su ordenador de plasma. La buscó. En archivos de la empresa en la que trabajaban y en la nómina de empleados del ministerio de educación de Mogadiscio, Somalia. El chico es un genio en la búsqueda de información. Se licenció en informática y principios de robótica en Kingston con honores, más sus sueños no consistían en poder económico ni fama, él quería ir mucho más allá.

–Te tengo –pensó Celso mientras se conectaba a través del chat con Francine quien tenía su ordenador de plasma en línea con la red.

Francine, quien en ese momento salía de la ducha, observó que tenía un mensaje en espera. Su alegría fue inmensa cuando averiguó que era Celso.

–Hola –saludó mentalmente Celso mediante su censor neuronal.

–Hola, ¿cómo me encontraste? –preguntó mentalmente Francine sonriendo mientras secaba su pelo y acomodaba su censor neuronal.

–Uno que otro archivo corrupto por ahí, y algunos crack de mi invención –respondió de manera simpática el chico mientras no dejaba de mirar a los ojos a Francine.

–Si no me buscabas tu, te aseguro que lo hubiera hecho yo –aseguró Francine mientras sonreía al monitor panorámico de plasma.

–Lo sé –dijo mentalmente Celso y comenzaron a charlar.

Conversaron fluidamente sobre todo tipo de temas, sin tapujos, sin desconfianza, como si se tratase de una relación de muchos años. Mientras más se miraban más se enamoraban. El tiempo pasó largamente pero para ellos significaron sólo minutos. Platicaron hasta que debieron volver a sus actividades en sus trabajos correspondientes.

Pero no les importó.

Eran las 11:00 AM y todos los empleados que utilizaban el sistema CCS estaban conectados virtualmente a sus droides de trabajo en modalidad de labor automática y alternativamente se presentaban al holomundo con el gremio de capataces. La cantidad de entidades era increíble, el salón virtual de reuniones estaba copado y constantemente debía simular más espacio para los nuevos visitantes. Uno de los jefes de los capataces subió a un podium y se dirigió a la audiencia:

–Últimamente los problemas en las relaciones entre capataz y empleado has aumentado considerablemente. La conducta irrespetuosa de los subordinados ha llevado a que el gremio tome una decisión en relación al sistema laboral y gracias a nuestros informáticos hemos

Segunda mención honrosa

generado un software denominado JE.T.AI.M.E. 1.0 que potenciará el trabajo y disminuirá la conducta indecorosa de los empleados –y diciendo esto el capataz activó la interfaz de inicio descargando el programa en todos los ordenadores de plasma y sistemas operativos de los droides trabajadores.

–Pero ustedes no pueden hacer esto, no han tomado nuestra palabra ni aprobación para el proyecto JE.T.AI.M.E. 1.0 –exclamó Celso ante una asamblea alterada que lentamente caía en el inconsciente.

El proyecto JE.T.AI.M.E. 1.0 no era más que un virus que provoca la desconexión del usuario a su realidad como ser humano y deja prisionera el alma de la persona en el androide. Su principio activo anula la sinapsis del organismo descargando el flujo a la corriente de conexión con el sistema de CCS y aprisiona el alma en la vía receptora ejecutora racional del droide. Elimina el concepto de conciencia y voluntad de poder del trabajador, transformándolo en un simple “robot sin conexión”.

Los droides de todas partes del mundo se levantaron, los cuerpos de sus pilotos yacen muertos frente a sus ordenadores de plasma mientras sus cascos neuronales sueltan los últimos chispazos de corriente

Un enorme robot carguero se alza sobre una edificación, es Julius quien, conciente, incita a sus compañeros a levantarse y derrocar a los capataces. Alternativamente en Somalia, Celso y Francine abandonan el ministerio de educación. El sol baña sus metalizados cuerpos con un nuevo resplandor.

Una horda de robots con alma humana avanza. Sólo dos son felices.

© 2004, Francisco Pino.

Sobre el autor: Francisco Eusebio Pino Sáez nació en 1976 en alguna ciudad no especificada de Chile. Se ha desempeñado como Diseñador Gráfico y participó activamente en la Corporación Create, cumpliendo el cargo de Encargado de Escuela en el Colegio Marcela Paz de Recoleta y profesor del Taller de Cómic del mismo establecimiento. Actualmente realiza su Proyecto de Título *MORBUS ARCANUS, Aventura Gráfica Interactiva* bajo la tutela del profesor Germán Orellana con quien además colabora en proyectos de docencia universitaria. Además posee el cargo de Profesor de ilustración y cómic en el Programa Integrate donde realiza clases desde abril de 2004.

CASTRENCE

por Jaime Ballesteros

I

Lo mejor de los cigarrillos... son los anuncios en los que aparecen. Es que hay que ver las niñotas que posan en esos carteles invitando a todo menos a fumarse un pucho. Las marcas de marihuana trataron de arrasar con el mercado ipero que va!, esa idea de vallas que muestran una niña diferente cada cinco minutos haciendo piruetas con el cigarro... es de un verdadero genio. Recuerdo que al frente de la unidad terrestre de combate en la que trabajé, había tremenda valla rotando cada momento tremendas piernas y tremendos labios agarrando a besos a un cigarrillo como si fuera otra cosa.

Cuando era asignado para visitar todos los puestos de centinela y realizar el reconocimiento humano, siempre me demoraba en la garita más frontal, desde donde parecía que fuera a tocar la pantalla de la valla. Una noche en la que precisamente estaba visitando mi garita favorita, mi detector de ruido me confirmó la realización de un disparo muy cerca. Inmediatamente me despedí de la niña de turno y corrí de vuelta al segundo nivel de protección donde mis compañeros ya estaban en alerta máxima, haciendo todos los movimientos que nos habían enseñado "no hacer" en caso de una emergencia, pero en fin, como a nuestros monitores no llegaba información decidí esperar que algún valiente tomara la iniciativa. Sólo vi a un escuadrón que partió hacia el perímetro sureste de la unidad.

La noticia: el lanza Monsalve se quedó dormido en su garita sin descargar su rifle y se voló la cabeza.

El resultado: el sargento segundo Ansola y un par de suboficiales trasladados a otra unidad, y el sargento primero Machado llegó a la nuestra con la misión de solucionar el medio problemita que se armó.

Estuve seriamente tentado en sugerirle al recién llegado que mandara a instalar varias vallas con diversidad de senos, cerca del segundo nivel de protección para evitar que en el futuro alguien más se volara la cabeza, pero cuando me di cuenta de la bellecita que nos mandaron, opté por quedarme callado. Desafortunadamente mi amigo Diego no tuvo ninguna opción. Yo le advertí que rebajara panza, que un gordo en uniforme militar sólo rimaba con sufrimiento. Preciso, llegó el perro de Machado que también era como gordito y se la montó.

Desde ese momento nos apretaron en todo sentido. Iniciaron el monitoreo permanente

Tercera mención honrosa

individuo por individuo a pesar de que esta operación sólo se autorizaba en caso de combate, de esta forma podían identificar si un soldado estaba durmiendo, comiendo, caminando o hasta pasando por un orgasmo. Nosotros solo veíamos cuando en el monitor colgado en nuestro cinturón se encendía un piloto que indicaba que nuestras funciones vitales estaban siendo vigiladas. Sin embargo lo primero que un soldado aprendía era evitar ser vigilado. En el cuartel habitaba un cabo primero que vendía todo tipo de reproductor de señales, y que con la llegada de Machado y sus métodos de persecución logró triplicar su demanda, por lo menos yo compré el reproductor para falsificar mi sueño. Recuerdo que en una asignación de vigilancia al primer nivel, visité la afrodisíaca garita, y después de grabar los reportes tome mi reproductor de sueño y se lo conecté al sensor del monitor de vigilancia. Para el soldado que registraba mis señales yo estaba despierto y en guardia pero la realidad era que me estaba pegando mi sueñito, obviamente después de saludar a la picarona de los cigarrillos y dedicarle mis mejores deseos. Dormí como media hora, suficiente tiempo para cagarla, bueno eso es lo que creo. Realmente pienso que fue durante mi imprudencia que sucedió... lo que sucedió. Claro que esa noche dos soldados más hicieron la misma tarea, y como yo, fácilmente también pudieron usar el método del sueñito”.

II

Lo cierto es que por la mañana fuimos llamados los soldados que la noche anterior prestamos asistencia en la primera línea de protección. Machado nos recibió a los gritos... ¡que dejamos al ejército en ridículo, que como era posible y que esperaba una hora al directo responsable! el dragoneante nos condujo siguiendo las órdenes del gordito, y mientras armaba mis conjeturas inesperadamente terminamos caminando hacia la garita afrodisíaca. Y fue entonces cuando nos enteramos de lo que sucedía. Frente a nosotros, entre niña y niña que posaba en la pantalla publicitaria aparecía una imagen estática con el siguiente escrito:

Tar: mínima unidad de inteligencia.

Militar: milésima parte de un tar.

Y a mí me pareció sentir algo pierna arriba cuando veía detenerse los móviles que transitaban en la autopista a observar la pantalla.

Entendí la furia de Machado. Para conseguir sabotear la pantalla publicitaria con tremendo mensaje, solo se podía hacer instalando un receptor móvil satelital cerca de ella. Y en efecto, el dragoneante nos explicó que el sistema que emplearon los chistosos bandidos constaba

Tercera mención honrosa

de tres receptores. Uno de ellos instalado a unos 2 kilómetros que ya había sido ubicado por el satélite afiliado a la unidad; otro que podía estar en cualquier parte del mundo que a la vez hacía el papel de transmisor de órdenes, ubicado en el computador desde donde se originaba el mensaje y que aún se estaba buscando; y el tercero de los receptores, estaba ahí, debajo de la pantalla, obviamente descubierto como prueba contundente de la falta cometida.

El hecho de que alguien instalara a satisfacción el artefacto, tomándose no menos de 10 minutos para la operación., explicaba que uno de los soldados que visitó la garita a realizar la inspección del sistema automática de vigilancia, después de desconectarlo, o se durmió o sirvió de cómplice para que frente a las narices de la unidad instalaran el cuento.

Sólo tuve ánimos de mirar a la niñota que en ese momento alternaba con el aviso, por si me sacaba de esa, pero la muy desgraciada seguía feliz chupando el cigarrillo como sugiriéndome lo que me iba tocar hacerle al sargento Machado para que no me desollara vivo.

Lo cierto es que nunca me presenté y eso es algo de lo que me voy a arrepentir toda la vida, más por lo que le pasó a Diego de ahí en adelante”.

III

Cómo no apareció el culpable fuimos castigados todo un mes, sin derecho a visitas. Igualmente fueron negadas todas las licencias de salida. Fue un tiempo demasiado largo y más para Diego.

Machado impuso un régimen del terror. Dispuso que el equipo médico equipara a cada soldado con su kit de control estratégico, sabiendo que esta medida sólo se realizaba en caso de emergencia y posible combate. Dicho kit consistía en un pequeño maletín que se cargaba al frente, en el pecho que se conectaba al organismo por el cuello, el brazo y el glúteo. El artefacto era controlado satelitálmente posibilitando administrar cada soldado óptimamente. Y aunque se había convertido en un excelente elemento para ganar muchas confrontaciones, en la última experiencia en que se movilizó una unidad por este medio ocurrió lo peor: un virus ganó la batalla al ser introducido en el sistema por el enemigo y poner a cerca de dos mil efectivos a cagar y cagar por cerca de 15 minutos, mientras sus contrincantes los acribillaban cómodamente con el único obstáculo del mal olor. Y es que eso podía hacer el kit, esa era su gran utilidad castrense, el soldado se convertía en una pieza, en una articulación sin voluntad propia. Debido al virus muchos ejércitos decidieron

Tercera mención honrosa

usar este tipo de controlador solo en caso de máxima emergencia. Pero el maldito de Machado pasó por encima de todo, y él mismo se convirtió en un virus que puso el kit en contra de nosotros. El muy desgraciado cada día suministraba al sistema una orden diferente, y éste simplemente hacía un pequeño ruido al inyectar la sustancia de manipulación genética que se encargaría de cumplir dicha orden. El primer día el kit nos tatuó a todos, era un tatuaje que aparecía en ambos hombros y servía para que cualquier satélite de reconocimiento identificara rápidamente al soldado. En ese momento estábamos comiendo cuando empezamos a sentir las vibraciones del kit y unos segundos después nuestros hombros fueron esculpidos desde adentro. El muy desgraciado nos marcó como ganado.

El segundo día nuevamente el maletín se movió y el glúteo de cada uno fue pinchado. Inmediatamente en el pequeño monitor del kit aparecieron los códigos HH2-15 y AV3-120 que significaban que nuestro reloj humano había recibido la orden genética de programar el cuerpo para dormir únicamente quince minutos diarios y realizar dos horas de ejercicio pasivo. Luego en la misma pantalla del maletín aparecía el horario que a cada uno se nos imponía para ambas actividades. Todos sabíamos que si en algo la industria militar se había esmerado en los últimos años era en el estudio del sueño y su minimización, igual también conocíamos que el tiempo óptimo de descanso profundo programado al eliminar los sueños y toda la actividad cerebral era de aproximadamente 18 minutos lo cual nos hizo meditar hasta donde podía llegar el maldito.

Los días continuaron y el virus Machado continuó atormentando la unidad. Hizo detener el crecimiento del cabello y ordenó el camuflado de piel para ambiente de desierto. Lo cual nos puso a todos amarillos con vetas cafés oscuras.

Para entonces comenzaron a presentarse los primeros indicios de deterioro corporal en varios compañeros, por lo menos yo no paraba de orinar y segregar lagañas, lo que me preocupaba de cómo iba a quedar después de esto. Sin embargo el detestable maletín no daba tregua. Otro día, nuevamente vibró y nos inyectó la dosis de gripa a pesar que no habíamos cumplido el año desde la última. Esto obligó a toda la unidad a padecer el malestar por cerca de cuatro días. La verdad ya me estaba enfureciendo, Machado sabía que ni los científicos militares habían podido controlar la gripa y que después de años de exhaustiva investigación, la única forma de contrarrestar el virus era padeciéndolo, pero planeadamente en aquellos días del año que de acuerdo al propio organismo, el tipo de vida y los factores climáticos se garantizaba que la enfermedad no pasaría a mayores. Pero no, el muy cínico dio la orden sin contemplar ninguna particularidad. Y como si fuera poco recién salidos de la gripa el kit mostró en pantalla el comando que indicaba generación de bacterias corporales.

Tercera mención honrosa

A la media hora los cultivos de bacterias de las axilas, manos, pies, boca y genitales empezaron a hacerse sentir. Los olores nauseabundos comenzaron a aprisionarnos. Este tipo de orden sólo se le suministraba a un soldado cuando se perdía en combate o era hecho prisionero, ya que estos cultivos servían como último medio de subsistencia. Las bacterias de la boca permitían acelerar el proceso de desintoxicación y de esta forma el soldado podía comer cualquier alimento en descomposición sin ningún riesgo. Las bacterias de las axilas eran especialmente narcotizantes, servían para calmar el dolor de alguna herida. El soldado simplemente olía sus axilas por unos minutos y quedaba completamente embotado, suficiente como para olvidarse del dolor pero sin eliminar sus capacidades motoras. Las bacterias de manos y pies se encargaban de atacar la piel de estos miembros provocando un endurecimiento de la dermis, dándole ventaja al soldado para caminar descalzo inhumanas jornadas y emplear sus manos en cualquier superficie como si tuviera puestos unos guantes protectores. Por último las bacterias que se generaban en el pene y los testículos cumplían el papel de emitir un olor característico que servía para ser identificado por sensores olfatorios en caso de búsqueda del soldado perdido. Todas las bacterias en conjunto hacían un caldo repugnante que olía a demonio rodado. A veces los soldados se preguntaban si los altos mandos estaban enterados de lo que el sargento primero estaba haciendo.

Por fin terminó el suplicio, fueron quince días que difícilmente se borrarían de la mente y más para Diego. Lo digo... porque él fue de los que más sufrió, debido a que cuando se instala el kit de control estratégico en cada efectivo, se realiza bajo una fórmula estándar de contenido de grasa en el cuerpo, y Diego sobrepasaba el límite. Su gordura como le había advertido, una vez más le traía problemas. Y a pesar de la advertencia que el médico le dio a Machado sobre el riesgo que conllevaba instalar el kit en Diego, este hizo caso omiso a sus palabras y ordenó instalarlo bajo los lineamientos de cualquier soldado.

Pasó el mes de castigo y pude disfrutar de una licencia de salida. El sargento Machado consideró que Diego había sido indisciplinado durante los días del control estratégico y que por tal motivo le extendía el castigo por un mes más, a pesar que todos sabíamos que Diego estuvo más tiempo en la enfermería que en la propia base mientras Machado oprimía botones y nos inyectaba guevonadas. La situación lucía difícil, más que preocupante. Conversé con mi amigo y le dije que dentro de pronto nos reiríamos de todo lo que nos había pasado, pero... no lo quiso aceptar.

Al día siguiente entré a mi casa en compañía de mi tío, ambos medianamente ebrios, ya que este para celebrar mi venida me invitó a tomar unos tragos. Llegamos felices y después de reírnos por varios minutos mi mamá me contó que Diego había muerto.

Tercera mención honrosa

I V

Los últimos días fueron insoportables. En manos mías le habría descargado toda la munición a Machado antes de suicidarme. Y como yo conocía muy bien a Diego estoy seguro que el sargento le hizo algo muy grave para... haberse disparado.

A toda hora planeaba vengarme, lo menos que pensaba era denunciarlo, pero sólo hasta el día en que se marchaba definitivamente de la unidad, se me presentó la oportunidad de verlo cara a cara. Claro que ya habían pasado días y mis manos habían perdido su fuerza.

–yo simplemente le obligué a que se desnudara frente a la tropa y repitiera veinte veces su juramento de bandera –me explicó Machado con todo el cinismo que podía escupir y con su rostro tan cerca al mío que pensé que me iba a dar un piquito.

Inmediatamente entendí lo que había pasado, la desidia con la que actuó el desgraciado. Una de las normas de la milicia es que cada soldado tiene la obligación de abrir su propia página de Internet, como mecanismo de comunicación con el mundo civil y el castrense de alto rango. A dicha página llegaban todos los mensajes de los familiares y las propuestas de otros ejércitos, ya que el intercambio mundial de efectivos militares se había convertido en uno de los tratados internacionales más usados. Igualmente llegaban todas las ofertas comerciales que tenían al soldado como su mejor cliente, así como las órdenes de los superiores que eran impartidas desde cualquier lugar del mundo. Pero una de las grandes utilidades era que cada soldado grababa su juramento de bandera.

Diego tenía un hermoso juramento que era fiel copia del expresado por su bisabuelo años atrás. Solo yo lo conocía porque él lo protegió con una clave hasta el día del evento. Sin embargo, Machado también logró conocerlo.

Prosiguió con su sonrisa irónica, mirándome fijamente a los ojos y pronunciando una parte del juramento.

–Gracias a mis nuevos instructores, perdonad los muchos sin sabores a la gloria alcanzar de ser soldado.

Intenté imaginar a Diego desnudo, humillado y abatido y mis manos volvieron a empuñarse, buscando el arma de dotación, pero no la encontraron.

© 2004, Jaime Ballesteros.

Sobre el autor: Jaime Andrés Ballesteros Aguirre nació en Pererira, Colombia en 1974. Es Ingeniero Industrial y ha sido finalista del Concurso Nacional de Cuentos Carlos Castro Saavedra y ganador del Premio Departamental de Literatura en modalidad cuento.

EL REGRESO DEL HOMBRE MUERTO

por Sergio Gaut vel Hartman

Despierta. Está de pie, en medio de una habitación. No recuerda haberse quedado dormido. Alza las manos y ve relieves de hueso y ríos de venas azules, pero no las reconoce como propias. ¿Debería? La habitación, en cambio, es parte de una geografía familiar; ha estado aquí tantas veces que si se lo propusiera podría llamar a cada átomo por su nombre. Pero, ¿qué importancia tiene eso? Cabalga sobre la extrañeza que le produce saber y no saber al mismo tiempo y no tarda en descubrir que ha perdido mechones de memoria, desprendidos como costras secas, como fognazos sin brillo.

–¿Papá? Regresaste. Estás de nuevo en casa, ¡qué alegría! –El que habla es un hombre joven que ha entrado a la habitación sin hacer ruido; está bronceado por soles verdaderos, tiene la sonrisa fácil y largos cabellos rubios que le caen en cascada sobre los hombros. Se aproxima, aferra las manos como mapas, con sus ríos de venas azules y escabrosas crestas de piedra, y las aprieta con fuerza contra su pecho. –Estamos juntos de nuevo. ¿No te hace feliz?

Quisiera responder. La respuesta es **no**. Pero la sílaba mínima, a la vez palabra rotunda y maciza, no logra abandonar la boca. Las mandíbulas apretadas ofician de candados y el **no** se pierde en una ilegible conjunción de mímicas vagas. Tal vez ni siquiera importe. Regreso. Juntos. Feliz. No importa, no; realmente no importa.

Un mal disimulado sonido de engranajes aporta un elemento residual a lo que hubiera sido una explicación desafortunada. Pero está fuera de su alcance comprenderlo. ¿Ha chirriado un mecanismo dentro de su propio cuerpo? ¿Es eso? Un segundo después, una voz simétrica disuelve el eco, y el precario sistema construido se desmorona.

–¡Papá! –Una mujer de facciones rígidas, sin alegría, irrumpe en el espacio ya ocupado por los otros dos. También es joven; el corto cabello rojizo, rizado y desprolijo, expresa una insolente contrariedad. Su cuerpo, pálido y tembloroso, informa que proviene de un largo encierro y que se dirige hacia otro, tal vez más prolongado aún. –Hubiese preferido...

–¡Silencio, querida hermana! No estropees este momento mágico con tu vulgar desaliento. –El hombre joven, bronceado y seguro de sí mismo, coloca una de las manos del anciano entre las de la mujer, que la sostiene con aprensión, casi con asco. –¿No es cierto, papá, que ya no estás muerto?

–No es una pregunta que se pueda responder con palabras –dice ella–. Tampoco esperaba volver a verlo, de todos modos; nunca creí que eso fuera a... funcionar.

–Y esto es sólo el principio –dice el hermano–, ¿por qué no estás contenta? Tendrías que estar contenta. Deberías estar tan contenta como lo estoy yo, como lo está él. –Luego, dirigiéndose al dueño de los huesos y las venas azules, agrega. –Dio resultado, papá. –Y luego, regodeándose con la repetición: –Ya no estás muerto.

Pero ella grita enérgicamente. –¡Sí, está muerto! –Se pone frenética y arroja la mano que sostenía entre las propias como si se tratara de un insecto repugnante. –¿No te das cuenta? Han puesto una

Cuarta mención honrosa

máquina absurda en el interior de su cuerpo, un artefacto microscópico que le permite estar parado en medio de la habitación, mirándonos como si nos conociera, como si supiera que somos sus hijos.

–Estuviste de acuerdo –protesta el joven de sonrisa fácil, pero ya no sonrío.

–Me hiciste firmar esos papeles, a la fuerza; estaba dolorida, confusa, aturdida. Se moría, pero fastidiaste hasta que los firmé. Él... esto...

Ahora está completamente despierto. Permanece de pie, en medio de la habitación. Los que gesticulan y discuten son sus hijos; eso afirman y él no está en condiciones de aceptar o rebatir nada; sólo los hechos refrendan un pasado tan perfecto como frío. Por lo visto no están de acuerdo con algo que han hecho, con alguna decisión que han tomado. No recuerda haberse quedado dormido y el abismo gris en el que se aloja la memoria no le ofrece datos adicionales. Recupera la mano que fue arrojada al vacío y ve relieves de hueso y ríos de venas azules. Acepta que es su propia mano y un impulso acude a su boca. –Está bien –articula. No son sus mejores palabras, pero alcanzan para detenerlos en el aire, como libélulas heladas.

–¡Te lo dije! –exclama el hijo, alborozado–. Está de acuerdo con lo que hicimos. –Lo acepta, no le queda otro remedio –replica la hija. Sus párpados caen pesadamente y la escena se nubla y descompone. No fue preparada para tolerar sin más algo tan poco natural. Pero sabe que no sueña, ni se siente atrapada por una alucinación. Está ocurriendo, en este momento, sin medida.

–Hijos. Malena. Luis. –Ha emitido las palabras con voz cascada, pero está seguro de que son los roles y nombres adecuados–. Me siento... ¿raro? Extraño, sí, todo esto es muy extraño.

–¡Funcionó, papá! –grita Luis, eufórico–. Ellos dijeron...

–Ellos cobraron una enorme suma de dinero –fustiga Malena retrocediendo un paso–. Crearon un programa que reproduce la voz y otro que activa los músculos. Es un títere, Luis, una marioneta; no es nuestro padre. –Retrocede otro paso, se aproxima a la puerta; quiere salir de la habitación, poner distancia, aunque sea para volver a encerrarse en su jaula dorada.

Ahora está seguro de lo que han hecho con él. Busca sin eficacia un nombre para su estado. ¿Es un hombre? No lo es, porque ha muerto. ¿Un resucitado, tal vez? Tampoco; para serlo, como el Lázaro del mito, tendría que haber operado una voluntad divina que lo devolviera a su estado anterior.

Ahora estoy seguro de lo que me han hecho, reflexiona. Busco sin ineficacia un nombre para mi estado. ¿Soy un hombre? No lo soy, porque he muerto. ¿Un resucitado, tal vez? Tampoco; para serlo, como el Lázaro del mito, tendría que haber operado una voluntad divina que me devolviera a mi estado anterior. Sólo han creado un programa que reproduce mi voz y otro que activa mis músculos. Pero también me han provisto de un receptáculo en el que se agitan, como serpientes, los recuerdos compartidos con Malena y Luis, cuando eran pequeños, y también con Sara, la madre, mi mujer durante tantos años. Ella no fue afortunada, como yo, murió antes de que los genios de silicio pudieran convertir su cadáver en un títere, una marioneta electrónica. Sara no fue afortunada, como él, murió antes de que los genios de silicio pudieran convertir su cadáver en un títere, una marioneta electrónica. La voz, rebotando en los espejos, le obsequia una imagen deformada de lo mismo.

Cuarta mención honrosa

Aún permanece de pie, en medio de la habitación, pero se le ocurre que no sería mala idea sentarse, y se sienta. Malena regresa sobre sus pasos y también se sienta. Los hijos ya no discuten ni gesticulan. Ahora se sienta Luis y así dispuestos, en torno a la mesa, podrían pasar por tres personas corrientes que comparten una velada familiar.

–¿Te das cuenta? –dice Luis–. Ha tomado la iniciativa. Sólo será cuestión de acostumbrarse.

–Algo fallará –dice ella, recelosa, obstinada–. Se quemará una placa y lo veremos girando como un trompo, rebotando contra las paredes, meándose encima.

Luis se ríe rígidamente y hace un gesto extraño, demasiado frívolo para la ocasión.

–No puede, ni eso ni lo otro, itonta! Los recuperados no necesitan comer, ni dormir, ni soñar...

–¿Recuperados? ¿Ese es el nombre que les dieron? –Malena cierra los ojos y trata de conectar su mente con la del hombre que regresó de la muerte, pero sabe que esa es la fantasía de los débiles de espíritu y la rechaza.

No obstante, el hombre que regresó de la muerte piensa que no está mal que digan que ha sido recuperado. Observa a sus hijos y entiende que también es un buen momento para una sonrisa. Sonríe. Han encontrado un nombre para su estado. No es un ser vivo, exactamente un ser humano, ni ha resucitado, pero no le cae mal considerar que convalece de la enfermedad que lo habría confinado en una tumba si no lo hubieran atiborrado de programas. Y allí seguiría, para siempre. Un programa reproduce mi voz, recordó, otro activa mis músculos y un tercer programa permite que sepa que esos dos que me flanquean, con las manos juntas sobre la mesa, como en un rezo, son mis hijos. Recuerdo cuando los llevaba al parque, por ejemplo y también recuerdo haberlos castigado una vez que me desobedecieron. Recuerdo otros actos, claro, pero no son importantes. Fui un hombre severo y seguiré siéndolo. Pero ellos no parecen guardarme rencor.

–Papá –está diciendo Luis–, no sabemos cómo manejar esto; no nos prepararon para comportarnos como es debido. Malena está asustada. Yo estoy confundido. No sé qué le diré a mi mujer. Lo mantuvimos en secreto porque...

–Temían que no funcionara. Lo entiendo. –El hombre que había estado muerto trata de resolver un problema delicado. ¿Debe fingir que está vivo, que celebra el regreso o es suficiente con que pasee su imperturbable presencia por los cuartos de la casa, sin involucrarse mayormente en los asuntos cotidianos? Zarandea tímidamente los componentes electrónicos y obtiene una directiva rotunda. –Hijos: su padre ha regresado; obviemos los detalles espinosos y aceptemos el milagro. El programa es capaz de aprender. Pronto seré el de siempre. Podrán enviarme a comprar el pan y a pagar las facturas de servicios. Iré a buscar a los niños al colegio... ¿Dónde están los niños? –Siente que empieza a dominar la situación; cada vez está más seguro. –Sabrina y Mateo. ¿He acertado? ¿Son tus hijos, no? –agrega señalando a Luis–. Es bueno tener hijos. ¿Por qué no tuviste hijos, Malena?

–¡Papá, por favor! –se agita Luis.

–No, está bien. Es como si fuera de la familia –dice Malena con acre ironía–. ¿Existe una buena

Cuarta mención honrosa

razón para no escarbar en la herida? No... –Había estado a punto de decir "papá". –No puedo tener hijos; soy estéril. ¿Falta ese dato en tu exquisita memoria?

–Nada es para siempre –dice el hombre que regresó de la muerte–. No hay que perder las esperanzas.

–¿Cuántas frases hechas –escupe Malena con rabia– caben en tu cerebro positrónico? ¿O es biónico?

–Malena, ¡basta ya! –Luis se sacude eléctricamente. Se asemeja a una patética criatura reanimada mediante técnicas dignas de una novela gótica. Pero sus pensamientos no guardan relación alguna con la colección de gestos que prodiga. Quizá piensa que no ha perdido del todo las posibilidades de conquistar el afecto del hombre muerto; lleva décadas intentándolo.

–Es un buen cerebro –dice el recuperado sin inmutarse–; su capacidad de almacenamiento es tan grande que pronto tendrán que inventar un nuevo prefijo. A propósito: ¿alguno de ustedes sabe cómo se designa el rango superior a tera?

–¿De qué estás hablando? –balbucea Malena, irritada, desgarrada por dentro.

–Habla de magnitudes –dice Luis. No soporta la desorganización mental de su hermana y siente que ella se precipita, infalible, hacia los abismos interiores de sí misma.

–¿Magnitudes? ¿A quién le importan las magnitudes? ¿A qué juego estamos jugando, hermanito?

Luis adopta un talante de superioridad, la arrogancia del conocedor que se enfrenta al neófito.

–Es un científico. Nunca pudiste soportar el fulgor de su mente superior.

–Fue un científico, cuando estaba vivo –enfatisa Malena–. Y lo de mente superior corre por tu cuenta.

–Tablas –dice el recuperado–. Avanzando en esta dirección sólo conseguiremos destrozarnos. Además –agrega componiendo un gesto que trata de pasar por confidencia– es peligroso para mí. Los circuitos podrían sobrecargarse...

–¿Te das cuenta? –se queja Malena–. Han conservado lo peor de su patrimonio: el egoísmo. Aún muerto sólo se preocupa por sí mismo. Los demás sólo existimos en función de sus intereses.

–¿Qué estás diciendo? –Luis se enfurece. Un cierto espíritu de cuerpo lo ha llevado siempre a defenderlo. –No deberías faltarle el respeto. Él... él...

–¿Qué? ¿Porque está muerto? ¿Han extirpado las fallas de su personalidad? Entiendo. Ya no está en condiciones de obligarme a abortar, como hizo cuando yo era adolescente, ¿no es cierto? Los recuperados no hacen esas cosas, ¿no es cierto, señor? –Las últimas palabras son aullidos; no le importa–.

Luis extiende la mano como un pájaro furioso y abofetea a Malena. Lo ha hecho otras veces. Volvería a hacerlo. La mujer retrocede algunos pasos y busca algo en un bolso. Lo halla y lo empuña. Es una pequeña pistola. Sin vacilar y con fría determinación, aunque segura de que el hombre que regresó de la muerte no se interpondrá en el camino de la bala, dispara y acierta entre los ojos de su hermano. Aún antes de que el cuerpo termine de desplomarse, ella encara al que fue su padre,

y con la mirada llena de furia le lanza la frase definitiva.

–Pueden ponerle esas lindas maquinitas que inventaron. Nadie notará la diferencia. Pero el hombre que volvió de la muerte no parece impresionado.

–Mil gigas es tera. Mil teras es peta. Mil petas es exa. Mil exas es zetta. Mil zettas es yotta. ¿Qué es mil yottas? ¿Habrás una palabra que explique tanta información? ¿Qué te parece, Malena?

© 2004, Sergio Gaut vel Hartman.

Sobre el autor: Sergio Gaut vel Hartman nació en 1947, en Buenos Aires, Argentina. Empezó a publicar cuando comenzaba la década de 1970 en la ya mítica revista española *Nueva Dimensión*. En 1982, impulsado por los vientos que generó la aparición de *El Péndulo*, generó la actividad que derivaría en la creación del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía y fundó el fanzine *Sinergia*, al que seguirían la revista *Parsec* y las antologías *Fase*. Por entonces colaboró intensamente en las revistas *El Péndulo* y *Minotauro*. Esa etapa culminó con la publicación del libro de relatos *Cuerpos Descartables* y lo que sería una especie de prólogo a su actividad actual, la antología *Latinoamérica Fantástica*, editada por Ultramar.

Luego de una pausa que tal vez se relacione con la saturación que conlleva una intensa actividad en un campo y el desaliento provocado por la chatura cultural de la década menemista, regresó tras la publicación de un texto en *El Cuento Argentino de Ciencia Ficción* (Nuevo Siglo), en el que apareció muy bien rodeado (Borges, Bioy Casares, Lugones, Gordischer, Gardini, Oesterheld, Capanna). Empezó a colaborar intensamente con Axxon y otras publicaciones virtuales y creó el Club de Lectura Ucronía, un espacio que pretende promover la literatura de ciencia ficción, especulativa y conjetural escrita en español. Por estos días escribe intensamente y ha completado cuatro novelas y otros tantos libros de relatos que espera ver publicados a la brevedad. También trabaja en la creación de un sitio web dedicado al análisis crítico y al desarrollo de la literatura fantástica en sus formas racionales.